

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 840 Jueves 21 de Diciembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **¿No hay quien pare esto?**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **El PSOE se entrega a Sumar para amparar los delitos de injurias a la Corona y enaltecimiento del terrorismo**, *El Debate*
- ✚ **Humillación Puigdemont**, *Luis Losada Pescador*
- ✚ **Champú anticaspas**, *Fernando Sabater*
- ✚ **Sevilla sí, pero ¿qué Sevilla?**, *Ángel Pérez Guerra*
- ✚ **La tumba de la democracia**, *Jesús Cacho*

¿No hay quien pare esto?

Emilio Álvarez Frías

Con dos bemoles, y tres si llega el caso, la presidenta de Economía en funciones y aspirante a dirigir el BEI, soltó por televisión que Pedro Sánchez era el mejor presidente que había tenido España, que había gobernado como nadie y que teníamos que hacerle caso y obedecerle en todo lo que dijera. Seguro que esto no es con exactitud lo que ella soltó, pero sí lo que contenía su alocución pronunciada como en un grito de salvación de los pobres españoles que no saben por dónde se andan y no encontrarán nadie mejor que los lleve por los caminos del progreso.

Evidentemente que la mayoría de los españoles no saben por dónde se andan. Ni, por lo tanto, por dónde los lleva Pedro Sánchez. Por lo tanto no advierten cómo se acercan cada día un poco más al acantilado que los lanzará de cabeza al vacío y a su destrucción, empujados por él y la



compañía de instigadores perjuros y traidores con su Patria que los arrastra con el espejismo de un progresismo demencial.

Está claro que con la compañía amancebada que nos controla solo se conseguirá la destrucción y, a lo más, buenos lugares donde Pedro y la barbarie podrán gozar de excelente vida mientras el resto de los españoles se hallarán en la miseria.

Al menos que suenen las campanas de todos los campanarios de España tocando a rebato para que los españoles se lancen a la calle, al campo, a la carretera pidiendo el fin de esta pudrición, y quienes tienen los poderes para ello, de acuerdo con lo que se prevé en la Constitución, decidan que ya se acabó la broma, que todos hemos de volver al redil acompañados de buenos mastines que nos protejan y señalen el camino adecuado.

El PSOE se entrega a Sumar para amparar los delitos de injurias a la Corona y de enaltecimiento del terrorismo

El portavoz socialista, Patxi López, confirma que este martes su grupo votará a favor de la toma en consideración de la proposición de Ley del partido de Yolanda Díaz

El Debate

Da no lo ocultan entre subterfugios. El portavoz socialista en el Congreso de los Diputados, Patxi López, ha anunciado este martes que su formación dará el voto favorable a la toma en consideración de la proposición de Ley presentada por Sumar para modificar el Código Penal y que se elimine el delito de las injurias a la Corona y al Gobierno, la ofensa a los sentimientos religiosos, los ultrajes a los símbolos nacionales y el enaltecimiento del terrorismo.

«Vamos a apoyar la toma en consideración para tener un debate serio y profundo en nuestro país», ha asegurado el portavoz socialista en la rueda de prensa tras la reunión de la Mesa de Portavoces del Congreso de los Diputados.

La iniciativa de Sumar para suprimir todos estos delitos se escuda en la «libertad de expresión». La intención de los socialistas, dicen ellos, es permitir su tramitación parlamentaria para «fijar el contenido inviolable de esa libertad, pero también sus límites». Y lo pretenden hacer quitando precisamente esos límites.



Enaltecimiento del terrorismo

Incluso, Patxi López ha asegurado que para él uno de esos límites es el enaltecimiento del terrorismo, aunque la proposición de Sumar pretende precisamente suprimir ese delito. No obstante, López ha remarcado que la opinión de establecer el enaltecimiento del terrorismo como límite es una opinión personal no consensuada con su grupo parlamentario.

López ha recordado que esta misma iniciativa ya fue admitida a trámite la pasada legislatura. Pero en esa ocasión los socialistas la bloquearon en la fase de enmiendas hasta que saltó la convocatoria electoral, que hizo que la proposición de Ley saliera del Congreso. Ahora, en lugar de bloquearla como hicieron la pasada primavera, los socialistas le van a dar una segunda oportunidad para que salga aprobada.

Humillación Puigdemont

Pretende una foto de «rehabilitación total»; Sánchez prefiere el encuentro secreto; ¿adivinan quién se saldrá con la suya?

Luis Losada Pescador (*Adelante España*)

Periodista

Puigdemont no descansa. Se permite amenazar al presidente Sánchez en el Parlamento Europeo: «Las oportunidades hay que aprovecharlas; sino, habrá consecuencias desagradables». Matonismo de quien disfruta de la vergonzante impunidad que le promete un gobierno legítimo legalmente pero profundamente inmoral y humillante.

El prófugo sabe que lo importante es la foto. Por eso busca la foto de la «rehabilitación total». El «cambia colchones» que se había comprometido a traer a España a Puigdemont ahora se hinca de rodillas buscando su aprobación. Y sí. Lo traerá a España. Pero no para juzgarle. Ya sólo le falta la silla gestatoria...

Sánchez prefiere que el encuentro con Puigdemont sea «secreto». El prófugo quiere luz y taquígrafos. ¿Adivinan quien se saldrá con la suya?

A la humillación de Puigdemont se suma la proetarra. La entrega de la alcaldía de Pamplona a los proetarras evidencia el pacto estratégico con Bildu. Como dijo Otegui, son los guardianes de la gobernabilidad. O sea, la bisagra necesaria para que S



ánchez siga en la Moncloa. Y exigen tajada. Territorial además de económica. Y ya no basta con blanquear al brazo político de ETA, según sentencia del Supremo. Ahora se les encumbra: son «democráticos y progresistas», dice Oscar Puente. No como el PP y Vox que son fascistas y contra los que hay que levantar un muro... ¿Quién es guerracivilista?

Lo de Puente no es un exceso de calentón. Se suma a la pasividad ante los «ongi etorri» y la negativa a extraditar a España a Josu Ternera. Conviene recordar

–además– al delegado del gobierno en Madrid, Francisco Martín, que ya dijo hace unos meses que Bildu había hecho más por España que los de la banderita. Incluso se atrevió a decir que habían salvado vidas apoyando los estados de alarma. ¿Los proetarras han salvado vidas? No cabe mayor desatino.

La buena noticia es que algo se está empezando a mover. La exhibición de arrogancia y sectarismo de Sánchez en el euro parlamento no ha pasado desapercibida. Ahora ya conocen al personaje. «No es eso, no es eso». Lo dijo Ortega hace casi un siglo. Lo dice ahora las ursulinas y los Feijoo. ¿Qué esperaba Ud. don José?

Dentro de las casas del Pueblo también empiezan a aparecer los «no es eso». La dimisión del director del Consejo Superior de Deportes, Víctor Francos, por supuestas razones profesionales, puede no ser la única ni la última. Y claro que son razones profesionales: ¿Dónde voy con un curriculum de colaboracionista con un gobierno que ha dinamitado las instituciones, el estado de derecho, la división de poderes y la democracia misma? Nunca es tarde... ¿Page?

Champú anticaspas

«No son los más votados pero, con un empujoncito del PSOE, Bildu puede subirse al coche, fúnebre en su caso, del poder»

Fernando Savater (*El Subjetivo*)

Filósofo y escritor español

Últimamente he vuelto a oír bastantes veces, en tertulias de radio y televisión (y mira que atiendo a pocas) o discusiones con familiares y conocidos, el uso despectivo de «caspas» y «casposo» para vilipendiar las posturas políticas conservadoras o reaccionarias, esas que en general son tildadas de fascistas en cuanto llevan la contraria al mainstream sanchista ahora rozagante. La verdad es que no sé a qué altura del pasado esa palabra que en su principal uso sirve para designar las pequeñas costras o escamas que se desprenden del cuero cabelludo adquirió la segunda acepción que registra la RAE como adjetivo despectivo que equivale a anticuado o desfasado. Por lo que yo sé, la caspa en su sentido literal es un fenómeno bastante democrático, que afecta con generosa imparcialidad a viejos y jóvenes, ricos y pobres, aunque naturalmente los más pudientes tienen mejores medios higiénicos de combatirla.

En mi juventud los veteranos que representaban el estamento menos subversivo de la sociedad solían ir muy cuidados y cepillados, con su brillantina y todo, mientras que la new age rebelde a la que yo, ay, pertenecía, solíamos ir greñudos, descuidados



malolientes, para mayor gloria de la insurrección. Hasta el punto de que, cuando por exigencias familiares o sociales formalizábamos nuestro look por unas horas, nos entraba complejo de viejos, mientras que vestirse de harapos selectos y exhibir un provocativo desaseo (que a mí me atraía mucho más en las chicas que en mis colegas) era estandarte de invencible juventud.

Y entonces... ¿por qué la caspa y lo casposo (veo en el diccionario que también existe «caspiento») es lo repelentemente retrógado y no lo sinceramente revolucionario? Pues no me atrevo a dar explicaciones sobre esta aparente paradoja. «Algo que ciertamente no se nombra con la palabra azar / rige estas cosas...», diría el ubi-cuo Borges.

De modo que vamos a aceptar los usos despectivos de «caspas» y «casposo» (lo de «caspiento» ya me parece demasiado). Pero ahora habrá que ver a quién corresponden mejor esos calificativos. Desde luego el aplicarlos solamente a quien tiene una ideología derechista es abusivo e infundado. No creo que haya nada más casposo que ir al Parlamento Europeo y llamar más o menos veladamente «nazi» a un respetable político alemán sólo porque muy razonablemente nos lleva la contraria. ¿Acaso alguno de los parlamentarios que escucharon con cierto asombro el exabrupto salió de la asamblea convencido de que Sánchez representa la vanguardia política del continente? ¿Es avanzado e innovador recurrir a Hitler como cualquier cuñao vociferante para apuntalar las propias convicciones? Pues en Europa les sorprende ese hosco comportamiento, aunque por fortuna ya van viendo qué ganado tenemos que lidiar aquí, pero los españoles estamos acostumbrados a que hay que ser sanchista

obediente o franquista cavernícola. ¿Será posible? ¿De verdad alguien puede creer que Cayetana Álvarez de Toledo o Nicolás Redondo son franquistas, fascistas y, si saben alemán, nazis? ¿Sólo porque no rinden pleitesía al descarado ilusionista de la Moncloa y su interesada cáfila oportunista de chupabotas, pirotécnicos y periodistas amaestrados?

Por favor, levanten ustedes un poco la vista: ¿conocen a alguien que encarne intuitivamente la caspa de modo más ejemplar que Óscar Puente? Como estamos en advenimiento, le podemos incluso llamar caspianto. Pues ha sido él quien ha dicho que, gracias a un infame chanchullo de los socialistas, apoyados por esos traidorzuelos inanes de Geroa Bai, la Alcaldía de Pamplona pasa por fin a manos progresistas, libres de polvo y caspa, es decir a Bildu. ¡Asirón, Asirón, el euskera campeón! En efecto, a Bildu no se le ve la caspa porque se la tapan las manchas de sangre: supongo que es a eso a lo que llama progresismo el sicario Puente. Pero, por favor, ¿progreso hacia dónde? Hacia el triunfo de los que se han impuesto inspirando terror a sus vecinos. No son los más votados pero con un empujoncito del PSOE pueden subirse al coche, fúnebre en su caso, del poder. Y desde ese promontorio tratarán de convencer a los navarros de que no son españoles, ni vascos siquiera, sino etarras, lacayos agradecidos de los etarras que les han impuesto una nueva identidad. Eso sí, sin caspa. Aunque llegaremos a echarla de menos.

Por lo visto, nuestros progres (los que progresan hacia la destrucción anticonstitucional de España, los que se felicitan a sí mismos por no ser de derechas porque ni a eso llegan) han decidido que los separatistas catalanes o vascos no tienen caspa.



A pesar de las historietas inventadas sobre su pasado, a pesar de imponer la represión lingüística para ocultar que en todas sus ciudades grandes o medianas la gente prefiere el castellano semi-clandestino a sus lenguas «auténticas» que cada vez menos hablan y cada vez peor, a pesar de encubrir sus privilegios fiscales y su vida subvencionada a costa del resto del país como si fueran «víctimas» oprimidas por el Imperio de Mal, allí no hay caspa: mierda, toda lo que ustedes quieran, pero caspa no. Lo garantizan los socialistas, nada más ni nada menos, ¡figúrense!

Pues bien, no hay nada más trasnochado, atávico, incrustado en lo peor de la especie y por tanto cubierto de caspa, si quieren llamarlo así, que la mentira de los gobernantes a los gobernados, el intento autocrático de acabar con los jueces independientes para dominar así sin cortapisas a los ciudadanos, la ocupación manipuladora de todos los puestos públicos relevantes por gente rastrera adicta al poder y no por los más capaces, la educación convertida en domesticación ideológica y no en formación de personas libres, la invención de mil minorías disgregadoras a cual más absurda para justificar la creación de chiringuitos pagados con dinero público que permitan vivir sin dar golpe a los parásitos progres... etc. No busquen más la caspa en los hombros del vecino está en la Moncloa y hasta se pasea por Europa usurpando el nombre de España, a la que desprecian. Para Sánchez y sus adláteres no tenemos más que una despedida, esperemos que pronto para siempre: «¡Que la caspa te acompañe!».

Sevilla sí, pero ¿qué Sevilla?

Ángel Pérez Guerra

Solvía anoche del centro de Sevilla paseando, tras una entrañable presentación bibliográfica en su parroquia de San Vicente y la cena posterior con la autora, discapacitada, y su marido junto a mi esposa. Era ya tarde, pero todavía había ambiente, aunque dañado por algunos ebrios vociferantes, propios y extraños. El derroche de luz decorativa era hiriente. Salvo en un punto, que resultaba ser el origen, al menos teórico, que justifica la fiesta. Bajo el llamado «arquillo» del Ayuntamiento se monta desde hace muchos años, cuando aún la luz de led pertenecía a la ciencia ficción, un pequeño Nacimiento, que cada año hace las delicias de pequeños y grandes. Es de ver cómo brillan las pupilas de los niños aprendiendo catequesis cristiana de esas escenas estáticas. Pues bien, frente al turbión de claridad que adornaba las calles del entorno, el belén estaba apagado, a oscuras, pese a lo cual algunas parejas se detenían a contemplarlo. Gran paradoja, muy elocuente por cierto.

Desde muy joven, de niño incluso, he sentido intensamente el magnetismo de mi ciudad. Entiéndase de lo mejor de ella. Con mi padre aprendí a patearla en la intimidad, a recorrer su geografía interior, mucho más allá del tópico y del turismo. Era éste en aquel entonces amable y moderado, claro que también minoritario; es decir, selecto. Visitaban la ciudad gentes cultas amén de curiosas, que saboreaban a ojos vista la esencia que sabían catar en sus rincones, disparando sólo las fotos justas, armados de planos o guías escuetas, sabiendo muy bien lo que querían conocer y dónde estaban de pie.

De aquel turismo tranquilo y fluido hemos pasado a otra cosa bien distinta. La noche



«del alumbrado» Sevilla corrió serio peligro de ser portada en todo el mundo pero por una razón contrapuesta a sus encantos. Había treinta policías locales de servicio para atender a una masa humana incalculable pero en cualquier caso compuesta por decenas de miles de personas que habían acudido al centro de la ciudad al reclamo de la luz, como mosquitos en verano. Quienes estuvieron allí –Sierpes, plazas de San Francisco y Nueva, Avenida...– aseguran haber pasado miedo y

apenas haberse podido mover en algunos lugares. Una broma pesada al estilo de las que motivaron las famosas «carreritas» de la Madrugada del Viernes Santo y que han acabado en penas de cárcel para sus causantes, un petardo en plena «bulla», unos gritos desaforados, una voz de «fuego», y aquello podía haber derivado en una estampida multitudinaria, una avalancha atroz con resultados trágicos. Afortunadamente, nada de eso sucedió. Pero...

Había precedido a tal turbamulta un despliegue municipal de luces sin precedentes. Adornar con bombillas las calles en época navideña ha sido siempre una tradición entrañable, que además de alegrar la vista ha servido como reclamo comercial. Pero este año la exageración ha sido la nota dominante. Si viven en la ciudad o pasan por ella durante las próximas fechas podrán contemplar en la zona más noble del río a su paso por la urbe, a la altura de Triana, un alarde de luminotecnia y un despliegue de sonido para un «mapping» que no sólo ha debido costar una millonada sino que

congregar, también, a riadas humanas, atraídas por un espectáculo elefantiásico que se compadece mal con las dimensiones de una población ya sólo por encima de la de Zaragoza en 200 habitantes.

El desmadre se ha apoderado de Sevilla. La Navidad es ya otra Feria de Abril. Baste decir que el Ayuntamiento retiró la condición de festivo al día del Patrón –San Fernando– para alargar una Feria que ahora no sabe cómo reequilibrar, pues le sobra un día. El «alumbrado» navideño se parece cada vez más al del real de la Feria abrilera. Acuden al centro sevillano turistas de todo el mundo (el año se va a cerrar con ocho millones de viajeros en avión, en una ciudad que apenas sobrepasa el medio millón de habitantes), a lo que hay que añadir el aluvión de viajeros por tierra desde la geografía nacional y la presión que ejerce la única línea de metro existente sobre un área de muy pocos kilómetros cuadrados.

Hay muchas formas de romper la armonía que ha hecho célebres a ciertos enclaves universales. En Roma, en Florencia, en Venecia o en París lo saben bien. La concentración humana es una de las principales. Y esto también es medio ambiente y ecología. Nadie se pregunta hasta qué punto la sobredosis de consumo de agua que ello supone puede haber contribuido, en alianza con la sequía, a la escasez que tanto Sevilla como Granada o Málaga están padeciendo en sus reservas y que más pronto que tarde puede traducirse en restricciones. No quiero ni pensar qué puede ser de mi ciudad, hoy por hoy plagada de hoteles nuevos, pisos turísticos y alojamientos incontrolados, cuando se corra la voz de que en Sevilla se cierran los grifos todos los días a las diez de la noche.

La tumba de la democracia

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

«A diferencia de su marido, la condesa parecía disfrutar de aquel bullicio que se había organizado en su casa, como si la guerra le hubiera dado nueva vida en lugar de quitársela. Cuando fui a verla para contarle el fracaso de mis gestiones para liberar a su marido, me dijo: “No te preocupes, Henry, que ya lo he arreglado con mis amigos anarquistas. Me han dicho que ellos lo pueden sacar de la cárcel a escondidas y luego quizá tú puedas meterlo como refugiado en la embajada británica”. Así era el Madrid de aquellos días: ¡una condesa con amigos anarquistas, disfrutando de la insólita situación en la que se encontraba! Hay que señalar que la Junta que en aquellos momentos gobernaba Madrid estaba compuesta por comunistas, socialistas y anarquistas, y que uno de aquellos anarquistas, Melchor Rodríguez, era el jefe de prisiones». El párrafo (pag. 203)



pertenece a *Vida y muerte de la República Española*, Austral, la obra del periodista británico Henry Buckley que, como reportero de guerra para el *Daily Telegraph*, fue testigo de los años más dramáticos del siglo XX español, los que van de 1929 a 1939. Simpatizante confeso de la causa republicana, Buckley llegó a España a tiempo de presenciar la caída de Primo de Rivera y la abandonó con las tropas derrotadas de

la República por La Junquera. Su testimonio, siempre vivo e intenso, a veces dramático, sirve estos días de perfecto contrapunto para ilustrar los riesgos por los que atraviesa nuestro país. Es verdad que, en lo material, la España actual tiene muy poco que ver con la atrasada de la primera mitad del siglo XX, pero, en otro orden de cosas, los paralelismos siguen siendo atronadores. Aterradoros. Casi noventa años después, la democracia española vuelve a estar en peligro y casi con los mismos protagonistas.

Si la legalidad republicana se vio violentamente alterada por la asonada, con Franco a la cabeza, de la extrema derecha en julio de 1936, la legalidad de la democracia constitucional española acaba de ser violentada por el golpe que en Madrid encabeza el Gobierno de extrema izquierda que preside Pedro Sánchez. Vuelve recurrente el PSOE, el peor PSOE de siempre, el de 1917, el de 1934, el de 1936, el PSOE de Negrín y el golpe de Casado de marzo de 1939, el del silencio sepulcral durante el franquismo. Un golpe que el separatismo catalán ha logrado extender al resto de España y que ha tomado forma con este Gobierno cuyo auténtico presidente se apellida Puigdemont, ese personaje a quien Sánchez miraba el miércoles con humilde arrobo cuando, desde el Parlamento Europeo, le advertía de los riesgos de no seguir sus dictados. El golpe contra la legalidad constitucional española protagonizado por Sánchez y sus socios se ha presentado esta semana ante las instituciones europeas. Y son millones los españoles que, conscientes de la ausencia de instrumentos legales –las lagunas de un ordenamiento que jamás pensó que se pudiera atentar contra la legalidad desde la propia presidencia del Gobierno–



para frenar democráticamente esta deriva, se preguntan si Europa será esta vez la solución, si las democracias europeas, al contrario de lo que hicieron con la II República, «serán capaces de salvar España de la deriva totalitaria a la que Sánchez y su banda la dirigen. Desde primeros de agosto [de 1936], Francia y Gran Bretaña habían acordado no enviar armas a España, de manera que el Gobierno legítimamente constituido de la República no solamente no recibía armas, sino que ni siquiera podía comprarlas. Aquello parecía un sálvese quien pueda de las democracias europeas, dispuestas a suspender los principios mismos del derecho internacional con tal de no enfrentarse a las potencias del Eje (...) España primero, y después Austria, Checoslovaquia y Rumanía eran las piezas del dominó que iban derrumbándose hasta que la propia Francia quedara ya como una democracia aislada dentro de una Europa fascista. Quizá no hiciera falta atacar a Francia...» (Pag 182).

«Otra cosa que me descorazonó en aquel viaje a Londres fue el escaso interés que encontré por lo que estaba ocurriendo en España. Me refiero al hombre de la calle sin mucho interés por las ideas políticas. A aquel hombre medio no parecía interesarle –ni preocuparle– en absoluto lo que estaba ocurriendo en un país que era casi vecino. No sabían que al desinteresarse por la suerte de España estaban empezando a cavar su propia fosa» (Pag. 241). ¿Qué actitud adoptarán las instituciones comunitarias hacia lo que está ocurriendo en España? España y Ucrania son ahora mismo los campos de batalla en los que se juega el destino de Europa, las claves del arco en el que se asienta la permanencia de las libertades en un continente que con demasiada frecuencia ha sucumbido a tiranos sanguinarios tipo Putin y a tiranuelos vocacionales tipo Sánchez, fraudillos empingorotados por una infinita ansia de poder. Una Ucrania

derrotada y una España partida serían los ganchos de carnicero en los que Europa colgaría sin remisión su malhadado destino. Son muchos los que sostienen que el sujeto ha cometido esta semana, pecado de soberbia, el error más importante de sus cinco años y medio como presidente. Como en la historieta de aquel hijo tonto de familia bien a quien hicieron ministro en Madrid, hasta ahora solo en España conocíamos las habilidades del personaje, su capacidad para mentir, faltar a la palabra dada y vulnerar con total desahogo cualquier tipo de regla o convención. Ahora ya las conocen en toda Europa. Su enfrentamiento con el presidente del PPE, Manfred Weber, la arrogancia que exhibe en esa retirada entre abucheos mientras su interlocutor estaba en el uso de la palabra, no le saldrá gratis.

Creíamos conocerlo todo, pero estábamos equivocados. Sus andanzas por las instituciones comunitarias han añadido, a mi parecer, perfiles nuevos al inquietante retrato de un tipo con aparentes problemas psicológicos para comportarse como lo haría un demócrata a carta cabal. Unos rasgos nuevos y muy peligrosos para el futuro. El comportamiento de un autócrata que no tolera que le lleven la contraria en público.



El perfil de un enemigo de la democracia. Y son muchos los que desde hace tiempo vienen sosteniendo que lo que está ocurriendo en España difícilmente se solucionará por medios pacíficos, difícilmente se saldrá con soluciones democráticas. ¿Está Sánchez dispuesto, en su determinación de marginar a medio país, de situar a la derecha democrática extramuros de la política, a estirar la cuerda hasta el punto

de llegar de nuevo al enfrentamiento civil? «Naturalmente aquel baño de sangre que se estaba produciendo en Madrid en el verano de 1936 tenía mucho que ver con lo que estaba sucediendo en el otro bando», escribe Buckley en la pag. 180 de su libro. «Cada día llegaban al depósito de cadáveres entre 30 y 100 cuerpos (...) Los asesinatos en los primeros meses de la guerra rondarían la cifra de diez mil solamente en la capital de España, lo cual ya me parece una auténtica barbaridad (...) Los cadáveres aparecían cada mañana en dos lugares muy localizados: la pradera de San Isidro y la Casa de Campo» (...) Y la pregunta que nos hacíamos aquellos días en Madrid [los corresponsales extranjeros] era por qué el Gobierno no paraba aquella masacre». ¿Se mantendrían las democracias europeas al margen del conflicto español, o pondrían pies en pared contribuyendo a desenmascarar a nuestro pequeño sátrapa? Vuelve Buckley: «Le susurré al oído a Ilya Ehrenburg que estaba a mi lado: “Esto parece una tumba”. “Lo es –me respondió–. Es la tumba de la democracia, pero no solo la española, sino la de toda Europa» (Pag. 320).

Junto a esos rasgos de enajenado –la torva mirada que dirige al eurodiputado portugués Paulo Rangel (PSD) cuando en Estrasburgo manifiesta su preocupación «por la situación del Estado de Derecho en España»–, la pobreza intrínseca de un personaje menor, desprovisto de cualquier altura intelectual o moral, un aventurero de la política, un Tempranillo, un buscavidas salido de la novela picaresca, un «pichafuera» convencido de arrasar por donde pasa, un tipo sin principios presidiendo a tipos sin memoria, pero, a fin de cuentas, un pobre hombre en manos de un prófugo de la

Justicia, el auténtico presidente, dependencia que le obliga, a él y a toda su tropa aplaudidora, a callar vergonzantemente ante los ataques en sede parlamentaria del separatismo por el tema Pegasus, y a seguir callando, más grave aún, cuando Miriam Nogueras, la dóberman del de Waterloo, amenaza a jueces y periodistas y los cita por su nombre desde la tribuna del Congreso. Nunca tan pocos avergonzaron a tantos. Muy valiente tampoco es nuestro Lenine, largo como Largo y mediocre como Caballero, con hechuras de torerillo macarra. «Largo Caballero era, en teoría, un marxista que creía en la lucha de clases y en el triunfo del proletariado. Pero en la práctica no pasaba de ser un líder sindical. Su vida había discurrido entre los despachos de los sindicatos y las cárceles donde a menudo había ido a parar (...) Naturalmente, si Largo hubiera sido más listo, habría buscado una alianza con aquella nueva y poderosa fuerza política (el PCE) (...) Apodado el Lenin español por las masas de trabajadores, tan eficaz como líder sindical, Largo había resultado ser un ministro de la Guerra bastante mediocre» (Pag 209).



No conviene hacerse ilusiones. Ase-diada por problemas de todo tipo en casi todos los frentes, entre la espada y la pared por asuntos tan aparentemente irresolubles como la inmigración, el proyecto europeo atraviesa uno de sus momentos más bajos. Ayuna de auténticos liderazgos, nadie hará nada en Bruselas, al margen de buenas palabras, por la suerte de España que no sean capaces de hacer los propios españoles. Parodiando el evangelio de Mateo, «quien quiera salvar su vida, la perderá; quien quiera arriesgar la suya, la salvará». Merece la pena luchar por un país mejor, en el que quepamos todos. Por eso es tan importante lo que sea capaz de hacer el Partido Popular, cuya responsabilidad en lo que hoy sucede en España es casi tan grande como la del PSOE. Con reflexión al margen: es difícil saber si el argentino Milei podrá obrar el milagro de sacar a su país del foso donde la mafia peronista la tiene secuestrada, pero el nuevo presidente fue capaz en su discurso de toma de posesión de decirle la verdad a los argentinos y tratarlos como a adultos. Algo que no solo no hizo el pertinaz Rajoy, sino que fue más allá: los engañó, nos engañó, nos estafó. Obligado a dar alguna vez alguna satisfacción a la España urbana de clase media que aspira a soluciones liberales capaces de cambiar el rumbo imprimido por la extrema izquierda socialista, el PP tiene contraída una deuda moral con España y los españoles de enormes dimensiones. Feijóo parece caminar en la buena dirección, pero no me haré ilusiones. Muchos años de muchas buenas intenciones traicionadas. «Se puede abandonar a un pueblo a su suerte, como habían hecho Francia e Inglaterra con España, pero lo que no se puede hacer es pisotear su honor y su dignidad, precisamente aquello que más valoraba el pueblo español», termina Buckley (Pag. 324). Pisotear el honor y la dignidad de los españoles es justamente lo que Sánchez lleva haciendo con España y los españoles desde junio de 2018.